

una hora de jugar al billar, el que tenía que pagar lo que en billaristas se llama «el tiempo», el estrador en són de chanza: —¿usted ahora conmigo, don Juan, a qué pagarle?

—¿Por qué, siguiendo la chanza, con-
de quedo con estos códigos, para
ta.

—¿Darse usted con esos códigos—
gudelo—, hago cualquier sacri-

—¿hace usted sacrificio para pa-
don Juan.

—¿Códigos y las leyes en manos de
tan peligrosos como las bom-
en manos de los niños.

—¿Regular.—Siempre ha habido la
do entre los enemigos de los
de éstos, para escoger los em-
mientes sino en sus paisanos,
la patria chica.

—¿En la Núñez todos afirmaban que
de costeffios; cuando Marroquín,
ando Reyes, que boyacenses;
que, antioqueños; ahora, que
de los demás.

—Sea de ello lo que fuere, el hecho es que cuando la presidencia del doctor Carlos E. Restrepo, las gentes dieron en afirmar que «les cargaba mucho la mano a los maiceros», esto es, que para los montañeses eran los empleos.

—Pero hago constar que, por lo que a mí se refiere, eso no fue cierto, pues Carlosé, cuando fue presidente de la república, no me nombró ni la madre.

—Hallábase en Tunja, un día de mediados de 1911, leyendo en su cuarto, el inteligente caballero don Alejandro Barrera Gómez, de tal modo entusiasmado con su lectura, que no sintió cuando asomó a la puerta su amigo don Elías Franco, otro caballero de muy claro talento y de buen ingenio.

—El señor Barrera a ratos leía apenas musitando, y a ratos declamando con vehemencia, por lo cual don Elías le preguntó:

—¿Qué lees tan entusiasmado?

—Don Alejandro no se enteró de la pregunta y leyó en voz alta:

Salve, segunda trinidad bendita!

Salve, frisoles, mazamorra, arepa!

Yo con sólo nombraros ya siento hambre!

No muera yo sin que otra vez os veal

—¡Bonito modo de contestar!—le interrumpió el visitante—. Dime qué es lo que lees.